



VI

No había razón alguna que nos hiciese diferir nuestra boda y ni Sergio ni yo lo deseábamos. A decir verdad Macha habría deseado poder ir á Moscou para comprar y encargar el equipo de la desposada, y la madre de Sergio pidió á su hijo que, antes de casarse, comprase un coche nuevo y muebles, haciendo además que tapizasen la casa con telas nuevas; solicitamos, sin embargo, los dos, que eso se dejase para más tarde y que el casamiento



se celebrase dos semanas después del día de mi cumpleaños, sin algazara, equipo, convidados, numerosos padrinos, cena de boda, champagne y sin ninguno de esos atributos que parecen esenciales y tradicionales en el acto del casamiento. Me manifestó que su madre estaba descontenta porque en la boda no iba á haber música y sin una avalancha de cajas y sin que en la casa se hubiese renovado y trastornado todo como en la época de su propia boda, en la que se gastaron treinta mil rublos. Contóme además cuantos registros había hecho en todos los armarios y cofres, y cuantas conferencias había celebrado con Marionchka, el ama de gobierno, respecto á ciertos tapices y alfombras, cortinajes y vajillas necesarias, á lo que parece, para nuestra felicidad. Por nuestra parte, Macha hacía lo mismo con mi criada Konzminihna y acerca de esto no consentía bromas; pues creía estar segura de que, cuando Sergio y yo hablásemos de nuestro porvenir, no hacíamos más que decirnos ternezas como cuadroba en nues-

tra mútua posición, y se figuraba que la substancia misma de nuestra dicha futura, dependía únicamente del buen corte y de los bordados de mis vestidos, así como del dobladillo y de la cenefa perfectos de nuestras mantele-rías.

Entre Pokrovski y Nikolski todos los días y muchas veces durante el día, se comunicaban misteriosamente ciertas informaciones acerca de como se preparaba todo, y por más que entre mi querida Macha y la madre de Sergio mediasen unas relaciones con las más amistosas apariencias se comprendía estaba latente bajo todo aquello, cierta refinada y hostil diplomacia.

Tatiana Semenovna, que así se llamaba la madre de Sergio, con la que á la sazón había trabado más amplia amistad, era una señora del antiguo regimen, muy rígida y dueña muy severa de su casa.

Sergio no solo la quería por deber como hijo sino además por sentimiento, porque veía



en ella la más tierna, la mejor y la más amable de las mujeres.

Había sido siempre muy buena para todos nosotros y sobre todo para mí y se mostraba muy satisfecha porque su hijo se casaba; pero cuando me convertí en la futura esposa de su hijo, parecíame que deseaba hacerme comprender que aquel podía haber encontrado un partido mucho mejor y que debía yo tenerlo siempre muy presente. Lo comprendí así perfectamente y confieso que era de su misma opinión.

Durante esas dos últimas semanas nos vimos todos los días; venía á comer y permanecía á nuestro lado hasta una hora muy avanzada de la noche. Por más que, con mucha frecuencia, me lo dijo y á mí me constaba perfectamente, que no podía vivir sin mí, nunca pasó á mi lado todo al día y procuraba, en cierta medida, no abandonar el cuidado de mis asuntos. Nuestras relaciones siguieron siendo, hasta que llegó el día en que nos casamos, lo que habían sido hasta entonces; con-

tinuamos empleando el *vos*, tanto el uno como el otro, no me besaba la mano y no sólo no buscaba mi compañía, sino que además evitó siempre las ocasiones de hallarse á solas conmigo como si temiese dejarse arrastrar demasiado por la grande y peligrosa ternura que se encerraba en su corazón.

El tiempo que hizo durante esos días fué muy malo y la mayor parte de ellos los pasamos en el salón, y nuestras entrevistas se verificaban en el rincón formado por el piano y la ventana.

—¿Sabéis que hay una cosa de la que hace mucho tiempo que quiero hablaros?—me dijo un día que nos reunimos muy tarde y nos hallábamos en ese mismo rincón. —Mientras estábais tocando el piano no dejé de acordarme.

—No me digáis nada porque ya lo sé todo, —respondí.

—En efecto, no hablemos más.

—No, al contrario, hablad ¿de qué se trata? preguntó.



—Voy á deciroslo. ¿Os acordáis de cuando os conté la historia de A y de B?

—¡Y cómo no acordarse de una historia tan tonta! Hay que confesar que es una suerte que terminara así.

—A poco más destruyo con mis manos la propia dicha; me salvásteis, pero lo mejor del caso es que entonces mentía y como tengo conciencia quiero deciroslo hoy todo.

—¡Por favor no lo hagáis!

—No temáis nada,—me contestó sonriendo; —y únicamente necesito justificarme. Cuando empecé á hablaros es que quería discutir.

—¿Y por qué discutir? ¿Para qué? Eso es precisamente lo que no hay que hacer nunca.

Se calló mirándome y luego continuó:

—En último resultado todo aquello no era más que un absurdo, lo que os decía entonces. Indudablemente habrá por qué temer y tenía derecho á ello. ¡Recibirlo todo de vos y daros tan poco en cambio! Sois aún una niña, capullo de flor que no se abrió, amáis por vez primera, mientras que yo...

—¡Ah! ¡sí! ¡sí! ¡Decidme la verdad!—exclamé; pero de pronto tuve miedo á lo que iba á contestarme y dije apresuradamente:—No, no me contéis nada.

—¿Qué si he amado antes de ahora? ¿Es eso lo que decís?—dijo adivinando instantáneamente mi pensamiento.—Sí, puedo deciroslo; no he amado jamás... nunca experimenté nada que se pareciese á este sentimiento... ¿Comprendéis ahora cuánto había que reflexionar antes de deciros que os amaba? ¿Qué es lo que os doy? El amor, es verdad...

—¿Y es eso tan poco?—le contesté mirándole á la cara.

—Sí, es muy poco, amiga mía, tratándose de vos que ponéis la juventud y la hermosura. Con mucha frecuencia la felicidad me impide dormir de noche y sin cesar pienso en como vamos á vivir juntos. He vivido mucho, y no obstante, me parece que acabo recientemente de encontrar lo que hace la dicha. Una vida reposada, tranquila, en nuestro apartado rincón, con la posibilidad de hacer bien á



aquellos á quien es posible hacérselo, y que, sin embargo, están tan poco acostumbrados á ello. Después de esto el trabajo, ese trabajo que, como se sabe, produce siempre algún provecho; luego el descanso recreativo del cuerpo y del alma, la Naturaleza, los libros, la música, la afección de alguna persona de la intimidad de uno; he ahí mi dicha, mi felicidad, una elevada dicha cual nunca la soñé. Y por cima de todo esto una amiga tal cual vos sois, tal vez mañana una familia, en una palabra ¡cuánto el hombre puede desear en la tierra!

—Sí,—dije.

—Para mí que ya dejé de ser joven, sí, pero no para vos que aún lo sois,—siguió diciendo. —No habéis vivido aún; en cualquier otra cosa tal vez hubiéseis podido andar en pos de la dicha, y en esa otra cosa quizás la alcanzarais. Os parece al presente que todo esto es en efecto, la felicidad, porque me amáis.

—No, jamás amé ni deseé otra cosa más que esa reposada vida de familia y precisa-

mente acabáis de decirme aquello mismo que yo pienso.

Se sonrió.

—Sí, sí,—añadí.

—Os parece así, amiga mía, pero todo eso es poco para vos que poseéis la juventud y la hermosura,—repitió meditabundo.

Empezaba, sin embargo, á irritarme al ver que no quería creerme y que, hasta cierto punto, parecía como que me echaba en cara mi hermosura y juventud.

—Vamos á ver, ¿por qué me amáis?—dije con alguna cólera.—¿Por mi juventud ó por mi misma?

—No lo sé, pero amo,—respondióme fijando en mí una mirada observadora y llena de seducción.

No le respondí nada, é involuntariamente le miré á los ojos y de pronto me sucedió una cosa extraña. Dejé de ver lo que me rodeaba y hasta su mismo rostro desapareció ante mí y no ví más que el fulgor de sus ojos delante de los míos; figuróseme luego que esos mismos



ojos penetraban en mí y después todo se hizo confuso, no viendo nada más y teniendo que cerrar á medias los párpados para arrancarme de ese sentimiento mezcla de goce y de temor que produjera en mí aquella mirada.

El tiempo aclaró hacia la tarde de la víspera del día señalado para el casamiento, y después de las lluvias, con las que había empezado el verano, se presentó la primera hermosa tarde del otoño. El cielo estaba sereno, pálido y despejado. Me fui á acostar considerando dichosa al pensar que al día siguiente haría un buen día para la boda. Aquella mañana me desperté con la luz del sol y con la noción ó idea de que era para aquel día... como si eso me atemorizase y admirase... Me fui al jardín. Acababa de salir el sol y resplandecía á través de los tilos del paseo, cuyas ramas amarillentas se balanceaban desprendiéndose de ellas las hojas que cubrían el suelo. En el cielo, despejado y frío, no se podía descubrir ni una sola nube.

Pero ¿es posible que sea para hoy?—me pre-

gunté, no atreviéndome á dar crédito á mi propia dicha.—¿Será posible que mañana no me despierte aquí, sino que amaneceré en esa otra casa de Nikolski con sus columnas y adornos y hasta ahora extraña para mí? ¿Será posible que en adelante no le espere más, que no le salga á su encuentro y que no hable más por la noche con mi querida Macha? ¿Qué no me siente más al piano al lado de él en nuestro salón de Pokrovski? ¿No le acompañaré más y temblando detrás durante la noche obscura? No obstante, acordábame de que la víspera me dijera que aquella noche era la última en que iba á verme, y por otra parte, que Macha me había indicado que tenía que probarme el traje de boda. De manera que había unos momentos en que dudaba y otros en que creía para luego volver otra vez á dudar. Era realmente cierto que aquella misma noche iba á vivir con una suegra, sin ver á Nadina, al anciano Gregorio y sobre todo á Macha, que por la noche no besaría á mi doncella, siguiendo la costumbre de la niñez, después de



persignarme, y que según el uso antiguo me decía: «Buenas noches, señorita.» ¿No daría más lecciones á Sonia? ¿No golpearía en el tabique para que se despertase? ¿No jugaría más con ella? ¿Era posible que fuese aquel día en que tenía que convertirme, por así decirlo, en una extraña á mí misma, y que empezase para mí una nueva vida, realización de mis esperanzas y de mis votos? ¿Y era ha-cedero que esa nueva vida empezase y fuese para siempre?

Esperé con impaciencia á Sergio; tan imposible me era el permanecer á solas con mis pensamientos. Llegó muy temprano, y únicamente cuando estuvo allí, me convencí de una manera evidente de que aquel mismo día iba á ser su esposa, y en esa idea no había nada que me atemorizase.

Antes de comer, fuimos á nuestra iglesia para oír los responsos y preces que debían decirse á la memoria de mi padre.

¿Por qué no estará aún en este mundo!— pensé cuando volvíamos á casa, y silenciosa

me apoyaba en el brazo del hombre que había sido el mejor amigo de aquél cuyo recuerdo llenaba mi mente. Mientras que se rezaban las preces y en los momentos en que tenía apoyada la cabeza sobre las frías losas de la capilla, me representé de tal manera á mi padre, que en verdad creí que su alma me comprendía y bendecía mi elección, y hasta me figuré que en aquellos momentos esa misma alma se cernía sobre nuestras cabezas, reposando su bendición sobre la mía. Y esos recuerdos, esas esperanzas, la dicha y la tristeza, se confundían para mí en un sólo sentimiento solemne y á la par dulce, con el cual se encuadraban aquel aire vivo é inmóvil, aquella calma y desnudez de los campos, aquel cielo pálido y el sol, cuyos rayos brillantes, pero muy débiles, intentaban en vano calentar mis mejillas. Me persuadí de que aquel que me acompañaba comprendía mis pensamientos y participaba de ellos. Andaba con mucha lentitud y en silencio, y en su rostro, que yo observaba de



vez en cuando, revelábase ese intenso estado del alma, que no es ni la alegría ni la tristeza, y que estaba en armonía con la naturaleza y con mi corazón.

De pronto se volvió hacia mí y comprendí que tenía que decirme alguna cosa. ¡Y cómo! ¿Por qué no me había de hablar de lo que ocupaba mi pensamiento? Pero precisamente me habló de mi padre, y sin nombrarlo, me dijo:

—Hubo un día en que, bromeando, profirió:  
«¡Te casarás con mi hijita Katia!»

—¡Qué dichoso habría sido hoy!—repliqué apretándome más contra su brazo, que servía de apoyo al mío.

—Sí, érais aún una niña,—siguió diciendo mirándome fijamente á los ojos, que incliné,—y entonces besaba vuestros ojos y les tenía cariño, porque eran parecidos á los míos y estaba muy distante de figurarme que me fueran tan queridos por sí mismos.

Seguimos andando muy despacio por aquel campestre sendero, apenas trillado, á través

de las matas pisoteadas y tumbadas, y no oímos más ruido que el de nuestros pasos, ni más rumor que el de nuestras voces. El sol esparcía oleadas de una luz desprovista de calor. Cuando hablábamos, resonaban nuestras voces en el seno de aquella atmósfera quieta y se habría dicho que nos hallábamos solos en el seno del mundo entero, bajo aquella bóveda celeste azulada, en la que se quebraban las resplandecientes vibraciones de un sol sin ardor.

Cuando llegamos á su casa encontramos á su madre que se nos había adelantado, lo mismo que aquellas otras personas á las que no habíamos podido por menos de invitar, y no volví á encontrarme á solas con Sergio hasta el momento en que, al salir de la iglesia, subimos al coche para ir á Nikolski. La iglesia estaba casi vacía, y una ojeada me bastó para ver á su madre que estaba en pie sobre una alfombrita colocada cerca del coro, á Macha con su cofia adornada con cintas de seda de color lila y las mejillas humedecidas por las



lágrimas, y á tres ó cuatro fieles que me contemplaban cariñosamente. Escuchaba las peticiones y las repetía de una manera maquinal, pero sin que resonasen en mi alma. No podía rezar y contemplaba estúpidamente las imágenes, los cirios, la cruz bordada de la casulla con que el sacerdote estaba revestido, los cuadros, y no comprendía nada de aquello, diciéndome únicamente que se estaba llevando á cabo alguna cosa extraordinaria que me concernía. En el momento en que el sacerdote se volvió hacia nosotros con la cruz y nos felicitó diciendo que me había bautizado y que Dios permitió que me casara; cuando Macha y la madre de Sergio me besaron: cuando oí la voz de Gregorio que ordenaba que se acerca el coche, me quedé como asombrada y me asusté al pensar que todo había concluído, sin que nada extraordinario ni correspondiente al sacramento que acababa de practicarse se hiciese luz á través de mi alma. Nos besamos los dos, y ese beso me pareció tan singular y tan extraño á nuestros sentimientos íntimos,

que no pude por menos de pensar: «¿no es esto?» Volvimos al enlosado atrio, y el ruido de las ruedas resonó con sonoridad bajo las bóvedas de la iglesia, y un airecillo fresco embalsamó mi rostro mientras que Sergio, con el sombrero bajo el brazo, me ayudaba á tomar asiento en el coche. A través de los cristales de éste ví la luna resplandeciente en su órbita de las noches glaciales. Se sentó á mi lado y cerró tras sí la portezuela. No sé qué cosa me atravesó en aquel momento el corazón, como si la seguridad con que llevaba á cabo aquel tan sencillo acto, me hubiese lastimado. Las ruedas tropezaron en un piedra, y después entraron en un camino más suave y aumentaron la velocidad. Acurrucada en un rincón del coche contemplé los campos que se extendían á lo lejos inundados por la luz y el camino que, al parecer, huía delante de nosotros. Sin mirarle sentía que estaba á mi lado, muy cerca de mí. «¿Y es esto lo que trae consigo ese primer minuto, del que esperaba yo tantas cosas?» —pensé y experimenté una



humillación y como una ofensa al encontrarme sentada así á solas y tan cerca de él. Me volví hacia Sergio con intención de decirle no sé qué; pero mis labios no pudieron articular ninguna palabra, y habríase dicho que no quedaban en mí luchas de la antigua ternura, habiéndola reemplazado aquella otra impresión de ofensa y de temor.

—Hasta hace un momento me costó trabajo creer que esto era posible,—dijo mirándome con ternura.

—Y yo tengo miedo sin saber por qué.

—Miedo, ¿de mí?—me replicó cogiéndome una mano y apoyando en ella la cabeza.

Mi mano descansaba sin vida en la suya, y mi helado corazón dejó dolorosamente de latir.

—Sí,—murmuré.

En aquel mismo momento, empero, mi corazón empezó á latir con más fuerza, tembló mi mano y asió la suya, recobrando otra vez el calor. Mis miradas, en la semi obscuridad que nos rodeaba, buscaron las suyas, y de

pronto comprendí que no me inspiraba miedo, que ese terror era el amor, pero un amor nuevo, aún más tierno y más poderoso que antes. Comprendí que era completamente suya, y me consideré dichosa al verme así en su poder.